

RESEÑAS



DANIEL CASSANY

AFILAR EL LAPICERO, GUÍA DE REDACCIÓN PARA PROFESIONALES

Barcelona, Anagrama, 2007, 176 pp.

ARIELA KREIMER

Buscando el tono para escribir esta reseña, me topé con un libro de ensayos de G. K. Chesterton y, en él, unas palabras dedicadas al inmortal Esopo me sirvieron de inspiración. Decían: “En la más antigua historia, todo lo que es auténtico es además universal; y todo lo universal es anónimo. Pero siempre se halla algún hombre que es el primero en tomarse el trabajo de reunir lo ya existente y disfrutar de la fama de haberlo creado.”

Algo así se puede decir de nuestro prolífico Cassany y sus necesarias máximas para que los profesionales se desenvuelvan mejor en los escritos que producen como parte de su que-hacer laboral.

En ese sentido, *Afilan el lapicero* es un libro altamente recomendable, útil y correcto. Consta de una “Presentación” y trece capítulos, que detallan una serie de consejos para usar el discurso con perspicacia.

1. Sobre el lector
2. Técnicas de análisis del lector
3. Las voces del autor
4. La organización de los datos
5. Títulos y portadas
6. Índices
7. Resúmenes
8. Prosa
9. Más prosa
10. Diseño
11. Tablas
12. Instrucciones
13. Correspondencias

Ahora bien, afilemos el lapicero y empecemos, igual que Cassany, analizando al lector. En el subtítulo el libro se propone como una *Guía de redacción para profesionales* y dice ser “para los que se ganan la vida escribiendo”. Acuerdo con esto, aunque creo que el conjunto no es tan amplio como al autor le gustaría.

Más adelante menciona que “Economistas, juristas, ingenieros, biólogos, médicos, físicos, investigadores, maestros, sociólogos, abogados... ¡Todos trabajamos con el discurso!”. En eso disiento; trabajan con el discurso escrito de la misma manera en que lo hacen con la palabra hablada, con la imagen o con la decoración de su despacho. Estos aspectos, por nombrar solo algunos, pueden ser fuente de prestigio y credibilidad, pero no *son su profesión*.

Los profesionales a quienes Cassany destina el libro hacen de la escritura una práctica asidua y



habitual; socializan o divulgan sus saberes mediante la escritura y no necesariamente escriben bien, sin embargo... ¿cómo se enteran de que este libro puede ayudarlos si su reseña aparece en revistas cuyos lectores son especialistas en la cultura escrita y no en publicaciones para expertos en leyes, ingeniería o impuestos? He aquí un problema.

Por otra parte, por querer seducir a la porción empresarial de su audiencia, el autor sostiene que los escritos "cierran y abren empresas, promueven empleados o los despiden" y lo cierto es que solo lo comunican, lo asientan, lo registran. De una afirmación semejante se esperaría que el libro se justificara desde la teoría de los actos de habla.

En otra parte de la presentación dice: "Afilarse el lapicero se dirige a los que escriben: a los autores, pero también a los correctores, a los editores, a los supervisores, a los jefes que dan el visto bueno, a los lectores que quieren tener criterio". ¿En qué momento los correctores y los editores intervienen en los escritos que releva Cassany? En los pocos casos en que los ejemplos corresponden a textos publicados, no se alude al proceso de edición propiamente dicho. Tampoco se mencionan, en los capítulos 1 y 2, las competencias específicas de correctores y editores cuando se detallan los diversos tipos de lectores especializados, ni cuando se

categorizan los lectores en el proceso comunicativo.

Esa selección de potenciales destinatarios pone en evidencia un terrero que Cassany prefiere evitar: la distinción entre *comunicaciones*, *impresos* y *publicaciones* en los ámbitos empresariales y profesionales. Esta reseña no es el lugar adecuado para hacer una categorización detallada, pero, a grandes rasgos, se podrían clasificar por sus formas de producción y reproducción.

–Las *comunicaciones* son redactadas por cualquier empleado o profesional, supervisado o no. Luego, se "materializan" en una impresora de escritorio y se entregan, se mandan por correo, o se envían por mail a miembros de la misma organización o del entorno, o se archivan. Las cartas y los informes técnicos son ejemplos de este tipo.

–Los *impresos* son textos independientes, redactados especialmente para establecer vínculos con el entorno. Por lo general, se someten a una estricta supervisión y se imprimen por mecanismos industriales. Entre estos se cuentan el prospecto para el correcto uso de un inhalador o el contrato de una hipoteca.

–Las *publicaciones* son libros, diarios o revistas de variada cantidad de páginas, impresos como tales. Por lo tanto, deberían concebirse como productos editoriales, al margen de que la empresa que los financie no sea una editorial. Es decir, que deberían atravesar un proceso de edición, con editores y correctores, sea cual fuere su ámbito específico. Entre estos materiales se encuentran las actas de los congresos, los manuales de instrucciones, la compilación de jurisprudencia.

En cada tipo de documento escrito la responsabilidad del autor es diferente. Por supuesto que sería deseable que cada persona que se sentara frente a una computadora pusiera en práctica

las amables sugerencias que nos brinda el afilado lapicero de Cassany: que todos los autores produjeran textos adecuados a su audiencia y que en ellos expresaran su voz según su conveniencia. Sería bueno que los datos de los informes estuvieran bien organizados, que los títulos y la portada de los artículos de investigación permitieran formarnos una idea precisa de lo que vamos a leer. Es verdad que ganaríamos mucho tiempo si cada documento tuviera un índice que permitiera ir directamente a lo que nos interesa o un resumen que anticipara el contenido. Y cuánto más sencillo sería leer páginas bien diseñadas, con tipografía legible y tablas que permitieran comprender mejor los datos numéricos. ¡Y qué decir de la necesidad de instrucciones confiables y correspondencia sensata!

¿No es demasiada responsabilidad todo esto para profesionales –disintiendo con Cassany nuevamente– a los que *no* se les paga por saber escribir bien? ¿No sería mejor que las empresas tomaran conciencia de la necesidad de contratar personal idóneo para ocuparse de la comunicación escrita? ¿Puede un libro suplir deficiencias de la educación secundaria?

Y vuelvo entonces al principio. Creo que el mérito de Cassany en *Afilarse el lapicero* es haber recopilado y sistematizado gran cantidad de consejos prácticos para mejorar la eficacia de los escritos relacionados con las empresas y los ámbitos profesionales. ¡Y que los ponga en práctica quien pueda!

Si mi contador leyera este libro, se lo agradecería. Mientras tanto me contento con que presente las declaraciones juradas en término y me pida ayuda cuando presenta una ponencia a un congreso.

R